

Claroscuro N° 19 (Vol. 1) - 2020

Revista del Centro de Estudios sobre Diversidad Cultural

Facultad de Humanidades y Artes

Universidad Nacional de Rosario

Rosario – Argentina

E-mail: claroscuro.cedcu@gmail.com

Título: Kirkuk, minorías étnicas y el fracaso del proceso de construcción estatal en Iraq

Title: Kirkuk, ethnic minorities and the failure of the state-building process in Iraq

Autor(es): Juan Carlos Castillo

Fuente: *Claroscuro*, Año 19, N° 19 (Vol. 1) - Julio 2020, pp. 1-24.

Publicado por: [Portal de publicaciones científicas y técnicas \(PPCT\)](#) - Centro Argentino de Información Científica y Tecnológica (CAYCIT) - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)



Claroscuro cuenta con una licencia

Creative Commons de Atribución

No Comercial Compartir igual

ISSN 2314-0542 (en línea)

Más info:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/deed.es>

Los autores retienen sus derechos de usar su trabajo para propósitos educacionales, públicos o privados.

Kirkuk, minorías étnicas y el fracaso del proceso de construcción estatal en Iraq

*Juan Carlos Castillo**

Resumen

La captura del Estado iraquí por una pequeña elite derivó en sucesivas rebeliones y convulsiones internas desde su formación y a lo largo del siglo XX, El desorden institucional del país y la multiplicidad de estructuras de poder superpuestas afectaron el proceso de toma de decisiones. Ambos procesos impidieron la formación de una identidad colectiva cívica vinculada al Estado y en su lugar reforzaron las lealtades locales. Sumado a esto, la continua injerencia externa profundizó las contradicciones y rivalidades internas. Grupos étnicos, como los kurdos, organizaron movimientos de resistencia en demanda de mayor representación política y autogobierno. El gobierno respondió reprimiendo las demandas y convirtiendo al estado en la representación de un poder despótico. El nacionalismo kurdo hizo de Kirkuk una pieza central de sus fundamentos políticos y la principal reivindicación frente a los diversos gobiernos iraquíes. El artículo argumenta que la disputa alrededor de Kirkuk, con su composición multiétnica, representa el principal fracaso de las elites iraquíes en sus intentos por construir una unidad política coherente. La invasión estadounidense posicionó a Kirkuk como el asunto central de la política kurda y el tema más delicado de la política iraquí, exacerbando el faccionalismo y la etnitización del discurso político.

Palabras claves: Kurdos; Kirkuk; Iraq; Gobierno Regional del Kurdistán; territorios en disputa

*Universidad Nacional Autónoma de México. E-mail: juancastillo@politicamex.unam.mx
Recibido: 13/11/2019, Aceptado: 10/2/2020

Kirkuk, ethnic minorities and the failure of the state-building process in Iraq

Abstract

Throughout the 20th century, the Iraqi state was captured by a narrow elite triggering intermittent rebellions and internal upheavals. The ensuing institutional disorder and the multiplicity of overlapping power structures in the country detrimentally affected the decision making process. Both processes prevented the evolution of local loyalties into a collective civic identity linked to the state. Furthermore, external interventions deepened internal contradictions and rivalries. Ethnic minorities, such as the Kurds, organized resistance movements demanding greater political representation and self-government. The government crushed the demands and turned the state into a representation of despotic power. Kurdish nationalism made of Kirkuk a central piece of its political foundations and the main demand against the various Iraqi governments. This paper argues that the dispute of multiethnic Kirkuk portrays the core failure of the Iraqi elite's attempts to build a coherent political unit in Iraq. The US invasion positioned Kirkuk as the central issue of Kurdish politics and Iraq's knotty problem, exacerbating factionalism and the ethnization of political discourse.

Key-Words: Kurds; Kirkuk; Iraq; Kurdistan Regional Government; disputed territories

Introducción

El nacionalismo iraquí fue incapaz de incorporar a sus minorías étnicas dentro de un esquema de identidad colectiva cívica ligada al Estado. La incapacidad se debió en buena medida al legado colonial, pero también al fracaso de los gobiernos posteriores en generar políticas de concertación entre los distintos grupos de poder y sus liderazgos. El papel de los británicos en la creación del reino hachemita de Iraq fue crucial en el diseño de estructuras de administración hipercentralizadas, las cuales facilitaron la captura del Estado por una pequeña elite. Dicho esquema generó determinados patrones de actuación política que provocaron sucesivas rebeliones y convulsiones internas entre los sectores excluidos del reparto del poder. Desde esta perspectiva,

el objetivo del artículo es plantear el peso del factor externo y la centralización del poder como ejes clave para entender las profundas contradicciones del proceso de construcción estatal en Iraq.

Al igual que durante la ocupación británica de la región entre 1914 y 1932, entre 2003 y 2011 los estadounidenses carecieron de las habilidades para generar instituciones estables que llenaran el vacío dejado por el cambio de régimen. En el largo proceso de creación del Estado iraquí, la continua injerencia externa generó contradicciones que exacerbaban la rivalidad entre el gobierno y grupos étnicos que, como los kurdos, exigían mayor representación política y autogobierno. El artículo argumenta que Kirkuk, con su composición multiétnica, representa el principal fracaso de las elites iraquíes en sus intentos por construir una comunidad política coherente, capaz de reflejar en acuerdos institucionales los intereses de los diferentes grupos políticos. La invasión estadounidense posicionó a Kirkuk como el asunto central de la política kurda y el tema más imbricado de la política iraquí, lo cual exacerbó el faccionalismo y la etnizó el discurso político.

Kirkuk es una ciudad y provincia del norte de Iraq con una de las composiciones sociodemográficas más diversas del país. Kurdos, árabes y turcomanos constituyen los principales grupos étnicos de una población estimada en más de un millón de personas¹. Desde 2003 Kirkuk ha sido la principal fuente de tensiones entre las autoridades kurdas y el gobierno central debido a la abundancia de sus reservas de hidrocarburos y las ambiciones del nacionalismo kurdo sobre este territorio. De acuerdo con estimaciones de las Naciones Unidas, en 2011 los kurdos constituían entre el 40 o 55 % de la población, los árabes alrededor del 30 % y los turcomanos un 20 %. Los cristianos y otras minorías componen entre el 2 y 5 % de la demografía restante (Anderson y Stanfield 2009: 42-44).

Aunque la diversidad étnica nunca fue una fuente de conflicto en Kirkuk, el ambiente de polarización extrema que generó el contexto de ocupación alteró los equilibrios de poder al interior de la provincia. El multilingüismo y prácticas como los matrimonios mixtos hacían difícil distinguir a un kirkukí de otro a partir de distinciones étnicas. Sin embargo, la invasión estadounidense en 2003 politizó la etnicidad, en la medida que la disputa por la provincia se trasladó al discurso que las elites formulaban para justificar sus reclamos sobre Kirkuk. El gobierno federal en Bagdad y el Gobierno Regional del Kurdistán (GRK) en Erbil se enfrascaron en una amarga guerra de narrativas por el control del territorio mediante actos discursivos etnosec-

¹Debido a cuestiones políticas no se ha realizado un censo confiable en la provincia de Kirkuk desde 1957.

tarios. Dinámicas internacionales también contribuyeron a agudizar el conflicto. Turquía e Irán intentaron influir en los desarrollos sobre el terreno, en parte para fortalecer sus respectivas ambiciones regionales o para minimizar los posibles efectos de contagio del nacionalismo kurdo al interior de sus propias fronteras. La combinación de estos elementos hizo de Kirkuk un factor potencial de desestabilización regional y un microcosmos refractario de la profunda crisis institucional del país tras la caída del régimen Baath.

La invasión estadounidense abrió otra saga en el ciclo de transformaciones impuestas al Estado iraquí desde el exterior. La hegemonía ejercida por el aparato burocrático-militar del Baath fue sustituida por un esquema federal basado en la asignación de cuotas de representación etnosectaria. El futuro administrativo de Kirkuk se plasmó en el artículo 140 de la Constitución aprobada en 2005, el cual establece la celebración de referéndums como el mecanismo para decidir la suerte de la provincia y de otras áreas definidas en el artículo como “territorios en disputa” entre el GRK y el gobierno central (ver McGarry y O’Leary 2007: 670-98; O’Leary 2005: 47-91). De acuerdo con el documento constitucional, Kirkuk podría permanecer bajo la autoridad del gobierno federal iraquí (la opción del status quo), integrarse a la región autónoma del Kurdistán como gobernadorado bajo autoridad del GRK (la opción kurda), o bien, convertirse en una región autónoma con sus propios poderes y facultades constitucionales (O’Flynn et al 2019: 1301). La falta de acuerdos sobre alguna de estas tres vías paralizó la actividad legislativa iraquí alrededor de temas cruciales y tensó las relaciones kurdo-árabes hasta escalar en 2017 en un abierto conflicto militar.

La posición oficial de los partidos locales en Kirkuk también reflejó la partidización y politización del tema a nivel nacional. Los líderes árabes argumentan que Kirkuk es una provincia árabe y están comprometidos con la permanencia del status quo. En cambio, las dos principales fuerzas políticas kurdas, el Partido Democrático del Kurdistán (PDK) y la Unión Patriótica del Kurdistán (UPK), concuerdan en incorporar Kirkuk dentro de la jurisdicción del GRK. Para ello han emprendido un programa no oficial de kurdificación de la zona. La posición de la principal coalición que representa los intereses de la población turcomana, el Frente Turcomano Iraquí (FTI), rechaza la adhesión de Kirkuk al Kurdistán, pero no es claro en su inclinación hacia la vía autónoma o el control directo desde Bagdad. Frente a los múltiples intereses en juego, los partidos y sus liderazgos desarrollaron narrativas que transformaron cualquier resolución en un cálculo de “suma cero”. Como metodología de análisis proponemos Kirkuk como un caso de estudio que refleja la incapacidad histórica de las elites en Iraq para estable-

cer acuerdos nacionales y las agudas contradicciones que el factor exógeno generó en la construcción del Estado iraquí.

1 Los kurdos, Kirkuk y el proceso de construcción del Estado en Iraq

Iraq surgió como consecuencia de la invasión británica de Mesopotamia en 1914 en el contexto de la Primera Guerra Mundial. Las provincias de Mosul, Bagdad y Basora fueron unidas en un solo gobierno y la Liga de Naciones avaló en 1920 la tutela británica del nuevo Estado bajo la figura del Mandato. Los británicos reclutaron apresuradamente a un sector de la elite del medio urbano de Bagdad –los notables– para formar un gabinete y un rey árabe traído del Hijaz fue colocado a la cabeza del reino. El proceso de construcción estatal iraquí radicó en la implementación de un programa externo, impuesto por dinámicas e ideologías inoperantes en el ámbito social que buscaban remodelar. La ausencia de legitimidad del Estado iraquí derivó en la incapacidad de sus elites para imponer orden sin recurrir a la coerción o violencia, y movimientos de rechazo a la centralización del poder político surgieron entre los segmentos kurdos y chiitas que constituían la mayoría del reino.

El desencanto popular con las elites iraquíes y la ocupación británica se expresó en la gran revuelta o revolución –*thawra*– de julio 1920 (D Omissi 1990: 22). La respuesta que los británicos dieron a este suceso marcó la pauta de comportamiento del Estado iraquí frente a los movimientos de oposición política. El orden sólo fue impuesto por la vía militar y en específico mediante lo que Toby Dodge definió como *hukumat al tarraya* o “gobierno desde el avión”, en referencia al papel que tuvo la Real Fuerza Aérea británica como la principal institución desplegada por el Estado para controlar a la población (Dodge 2006: 193). El continuo uso de la fuerza para gobernar transformó al Estado iraquí en la personificación de un poder despótico, atrofiando el desarrollo institucional y con ello la legitimidad del Estado. Las continuas exigencias desde Londres para reducir los costos de organización del Mandato acentuaron la deriva autoritaria de sus estructuras de gobierno y llevaron al fracaso del proyecto británico de construcción nacional. Desde su independencia en 1932 y hasta la invasión estadounidense de 2003, Iraq se transformó en una fuente de inestabilidad regional y de gobiernos autoritarios centralizados.

Las primeras resistencias a la centralización del poder político en Bagdad

ocurrieron en las regiones kurdas del norte de Iraq. Los principales líderes kurdos de la época reconocieron en principio el gobierno colonial británico, a cambio de garantías que les permitieran mantener el control político de sus territorios (Stanfield 2003: 21; Gunter 2011: 1-19). Sin embargo, los británicos desecharon casi de inmediato la idea inicial de apoyar el establecimiento de un estado kurdo en la Anatolia Central y posteriormente la opción de una región autónoma kurda en Mosul. El imperativo estratégico de contar con un gobierno aliado en Iraq, capaz de garantizar el suministro de hidrocarburos al Imperio, se impuso por encima de las aspiraciones de los kurdos. La Sociedad de Naciones resolvió en 1925 que Mosul continuaría unido a Irak sin ningún tipo de garantías autonómicas para las zonas kurdas. En 1926 el parlamento iraquí ratificó el Tratado Anglo-Turco-Iraquí, mejor conocido como Acuerdo de Mosul, que estableció la frontera final entre Turquía e Iraq y la incorporación de Kirkuk al resto de Iraq (Stanfield 2016: 28-53). En respuesta, los kurdos se organizaron y formaron un movimiento nacionalista a mediados del siglo XX que colocó a Kirkuk en el centro de sus reivindicaciones frente a Bagdad.

Iraq se convirtió en un pilar del proyecto imperialista británico en el Medio Oriente y Kirkuk en el epicentro del diseño de un proceso de reingeniería social. El descubrimiento del gigantesco domo petrolífero de Kirkuk en 1929 llevó a los británicos a establecer la *Iraq Petroleum Company* ese año para explotar los hidrocarburos de la región (Stanfield 2009: 28-30). Aunque en 1932 Gran Bretaña otorgó a Iraq su independencia mantuvo un férreo control sobre el país mediante una serie de tratados que limitaron su soberanía en materia económica y de política exterior. El gobierno iraquí intentó dar coherencia al nuevo Estado, reforzando el proceso de construcción nacional estructurado por los británicos. Distintos regímenes emprendieron acciones de promoción de una identidad nacional árabe hegemónica mediante la centralización del poder y la arabización de territorios multiétnicos. El inicio de la exportación del hidrocarburo de Kirkuk en 1934 acentuó esta tendencia, en la medida que incrementó la ansiedad de la monarquía ante la presencia mayoritaria de poblaciones “no árabes” mayoritarias en la ciudad. El gobierno evitó la contratación de mano de obra kurda y promovió la migración masiva de trabajadores de otras partes de Iraq para alterar el balance demográfico (Fuccaro 2004: 284).

Kirkuk se convirtió en el centro de la industria petrolera iraquí y en el símbolo de un proceso de reingeniería social tendiente a homogeneizar a la sociedad iraquí. La política hacia Kirkuk fue el reflejo de una serie de medidas adoptadas por las elites para modernizar Iraq mediante la centra-

lización del poder político y la estigmatización discursiva de las diferencias étnicas. Redes clientelares y un sistema de patronazgo fueron establecidos para consolidar el dominio de un pequeño sector oligárquico, muchas veces identificado con los intereses de los segmentos árabes sunnitas del medio urbano. En el ámbito social, el campo fue tecnificado y explotado de forma masiva para beneficio de quienes controlaban el Estado. Nuevas clases terratenientes surgieron y ocasionaron el endeudamiento del campesinado en regiones que incluían las áreas kurdas del país. Los kurdos migraron hacia los centros urbanos e industriales para establecerse en barrios miserables de la periferia (Leezeburg 2006: 151-179). La despauverización de una buena proporción de las masas kurdas se combinó con la proyección ideológica que el régimen hacía de la etnicidad. Iraq fue definido por sus elites como un Estado moderno, construido discursivamente en oposición al sistema otomano, multiétnico y catalogado de “tribal” (Tripp 2003: 125). La idea de la nación árabe se convirtió en el pilar fundacional de la identidad iraquí que borraría los atavismos de la sociedad. Las poblaciones “no-árabes” de las provincias, como los kurdos, fueron definidas como resabios de un orden tribal anacrónico y su identidad cultural etiquetada como un obstáculo para el progreso y una amenaza para la integridad del Estado (Castillo 2019).

La abierta rebelión en el Kurdistán iraquí llegó en 1945 alrededor del liderazgo tradicional de Mustafa Barzani y miembros kurdos del Partido Comunista Iraquí (PCI). El movimiento nacionalista kurdo se institucionalizó en 1946 con la creación del Partido Democrático del Kurdistán (PDK). Kirkuk fue importante en el proceso de politización de los kurdos debido a las huelgas que convirtieron a la ciudad en un bastión opositor a la creciente centralización del poder en Bagdad. Partidos y organizaciones de izquierda encontraron asidero en Kirkuk y el gobierno respondió reforzando las medidas de exclusión laboral de los kurdos del sector petrolero (Anderson y Stanfield 2009: 33). La disparidad en la riqueza y la falta de oportunidades económicas para los kurdos acentuaron el sentimiento de distinción con respecto al resto de las poblaciones árabes y turcomanas de la provincia.

Tras la caída de la monarquía hachemita en 1958 los derechos nacionales de los kurdos fueron reconocidos por primera vez en la constitución provisional del nuevo régimen republicano². Sin embargo, esta medida fue sólo coyuntural en tanto las elites republicanas consolidaban su posición en Bagdad. El gobierno reconoció la existencia del PDK, el cual logró erigirse en el símbolo más visible del nacionalismo kurdo en Irak, posicionándose por

²El artículo III señaló que “árabes y kurdos son compañeros en la patria y sus derechos nacionales están reconocidos dentro de la entidad iraquí” (McDowall 2004: 302).

encima del PCI. Los nacionalistas kurdos de izquierda, en su mayoría clases urbanas y críticos de las elites kurdas tradicionales, decidieron que el movimiento tendría más éxito con Barzani y aceptaron aliarse con el PDK. Con esto se había logrado dividir al movimiento kurdo, apartándolo con éxito de las organizaciones comunistas más radicales. Los trágicos disturbios de Kirkuk en 1959 permitieron a las autoridades responsabilizar a los comunistas de la violencia y comenzar una dura campaña de represión en contra del PCI. Movilizados por el PDK, los kurdos participaron en incidentes que derivaron en una matanza de turcomanos. Este evento profundizó viejas rivalidades entre ambas poblaciones y fue el origen de la profunda animosidad política que enfrentaría a kurdos y turcomanos en décadas posteriores³. Barzani aprovechó la situación para purgar al movimiento de miembros del PCI y, con apoyo del gobierno, redujo la presencia territorial de los comunistas en Kirkuk y el resto del Kurdistán.

Para 1961 Mustafa Barzani se había convertido en el único líder capaz de movilizar una fuerza militar respetable, lo cual le permitió lanzar su programa político que tenía como eje el establecimiento de una autonomía kurda que incluyera Kirkuk⁴. El nacionalismo kurdo se nutrió de condicionantes estructurales, como las elevadas tasas de desempleo en Kirkuk y el endeudamiento del campesinado kurdo, que hicieron de la economía de guerra y el reclutamiento un *modus vivendi* atractivo. El gobierno rechazó la idea de autonomía y décadas de guerra siguieron a la relación de los kurdos con la autoridad central. El año de 1961 marcó el inicio de la revolución nacionalista kurda en contra del Estado iraquí y Kirkuk se convirtió en el centro de las disputas entre los kurdos y el gobierno central.

Para el nacionalismo kurdo, este periodo fue trascendente en la construcción de su guion de agravios frente al gobierno central debido a acciones del gobierno en Kirkuk. Luego de que la rebelión kurda logró derrotar al ejército iraquí en las montañas del Kurdistán, el régimen permaneció más determinado que nunca a retener Kirkuk y obligar al PDK a negociar una tregua. La manifiesta arabización de Kirkuk alcanzó proporciones no vistas en décadas previas con el desplazamiento forzoso de la población kurda que vivía cerca de los oleoductos (Romano 2006: 193). Para la narrativa kurda

³En adelante, los turcomanos referirán este evento como una “masacre” dirigida por los kurdos en contra de su comunidad (Batatu 1978: 912- 921).

⁴En su cuarto congreso, el PDK definió su objetivo de luchar por los derechos nacionales del pueblo kurdo sobre la base de un gobierno autónomo dentro del Estado iraquí. Como garantía exigió al gobierno la inclusión de un artículo de esa naturaleza en la Constitución (McDowall 2004: 306).

del conflicto la deskurdificación de sus tierras se convirtió en una estrategia sistemática del gobierno para quebrar al movimiento kurdo (Talabany 2001: 28).

La consolidación del partido Baath en el poder en 1968 disminuyó de forma momentánea las tensiones con los kurdos. El nuevo régimen negoció con el PDK el denominado Acuerdo de Marzo de 1970 que pretendió fijar, mediante un censo o plebiscito, las fronteras de una región autónoma kurda (McDowall 2004: 327-328). Además de autonomía, el acuerdo garantizaba el derecho a la educación en lengua kurda, el autogobierno en el Kurdistán y fondos económicos especiales para las áreas menos desarrolladas. Además, el gobierno reconoció a los kurdos como una de las dos naciones constitutivas del pueblo iraquí y concedió cuotas de representación en las carteras del gobierno (Anderson y Stanfield 2009: 38). Aunque fue la concesión más grande otorgada a los kurdos por el Estado iraquí, las negociaciones naufragaron debido a la decisión de excluir Kirkuk de los territorios autónomos.

El Baath nunca buscó una salida política al conflicto con los kurdos sino ganar tiempo para consolidarse en el gobierno y negociar desde una posición de fuerza. El colapso de las negociaciones ocurrió en marzo de 1974 cuando la autoridad central anunció de manera unilateral la Ley de Autonomía para el Kurdistán Iraquí. El gobierno reconoció la existencia de una región kurda, pero con la mitad del territorio reivindicado por el nacionalismo kurdo y excluyó Kirkuk de toda negociación futura. El PDK rechazó la propuesta y la guerra en el Kurdistán alcanzó dimensiones de genocidio entre 1980 y 1991. La política estatal baathista hacia las minorías dio continuidad a la arabización⁵ y a la estrategia discursiva de presentar las reivindicaciones étnicas un signo de atraso y tribalismo. De forma paradójica, las acciones del régimen en las áreas kurdas sí contribuyeron a retribalizar el ámbito sociopolítico en Kirkuk, explotando las rivalidades locales para debilitar al movimiento kurdo. La creación y financiación de milicias paramilitares kurdas rivales de Barzani, como las *mustashar*, agudizaron el faccionalismo y exacerbaron la violencia en la región del Kurdistán (Romano 2006: 196).

En el contexto de la guerra Irán-Iraq, el gobierno lanzó la campaña An-

⁵Un artículo publicado por la *Sociedad de Estudiantes Kurdos en Europa* señala como parte de la política de arabización en Kirkuk, “el despido por parte de la *Iraq Petroleum Company* de 2500 trabajadores de los campos petroleros. Después de la nacionalización de esta empresa en 1972, muchos de estos trabajadores fueron reinstalados, a excepción de los trabajadores kurdos. En su lugar el gobierno contrató a trabajadores árabes que fueron traídos de otras partes de Irak, dejando a cientos de los trabajadores de la provincia kurda sin empleo” (Talabany 1974).

fal contra los kurdos, en respuesta a la alianza que establecieron con la República Islámica durante el conflicto. El gobierno iraquí destruyó cientos de poblados kurdos y evacuó forzosamente a un cuarto de millón de personas de las áreas fronterizas con Irán y Turquía para reubicarlas en asentamientos tipo reservas construidos en áreas del Kurdistán y custodiadas por el ejército (HRW 1995: 8). La política de arabización durante este periodo fue codificada en forma de ley mediante un proceso administrativo conocido como “corrección de nacionalidad” (Hiltermann 2010: 17). La represión alcanzó su punto máximo tras el ataque con armas químicas por la aviación iraquí a la ciudad de Halabja en 1988, lo cual quedó grabado en la memoria colectiva de los kurdos como un genocidio. Las décadas de 1970 y 1980 para los kurdos en Kirkuk significaron un punto de quiebre en las relaciones kurdo-árabes y el inicio de un sentido de diferenciación y autoconciencia étnica, producto de la percepción de las fuerzas iraquíes como ocupantes. El relato de Sonja Khalil ilustra cómo las políticas del gobierno comenzaron a tener un efecto diferenciador entre la sociedad kurda:

“Cuando tenía cinco años solía tener muchos amigos. No eran solo kurdos, ellos eran árabes, turcomanos y cristianos también. Éramos niños y no pensábamos acerca de etnicidad o religión. Esto cambió después del inicio de la guerra con Irán. La relación se hizo diferente. El árabe tenía que ser hablado en todo momento. Para 1986 todos sabían de Anfal y de cómo los kurdos eran oprimidos. Me sentí en gran peligro. . . Fue cuando me di cuenta que era kurda y lo que significaba ser kurda” (Anderson y Stanfield 2009: 41).

La arabización no sólo afectó el balance demográfico de Kirkuk sino los equilibrios políticos entre los distintos grupos sociales y su relación entre ellos y con la autoridad central. La arabización y el genocidio en Halabja se convirtieron en los principales agravios que la narrativa kurda construyó en la formulación de una agenda nacionalista. La creciente politización de las identidades étnicas en Kirkuk, las cuales habían cristalizado en Kirkuk desde 1950 tras los disturbios violentos de 1959, dejaron expuesta la intensa animosidad entre kurdos, árabes y turcomanos. La impronta de los acontecimientos ocurridos entre 1970 y 1980 acrecentó dicha tendencia y radicalizó el sentido de nación entre los kurdos. Las políticas del gobierno sólo contribuyeron a exacerbar estos conflictos políticos y de clase arraigados en Kirkuk, los cuales fueron expresándose cada vez más en procesos de diferenciación étnica.

La incapacidad histórica del Estado iraquí para legitimarse reforzó las lealtades locales en detrimento de los intentos de construcción de una identidad nacional. La ausencia de instituciones que permitieran un reparto equilibrado del poder entre las elites fue el legado más dañino que dejó la experiencia colonial. La represión sustituyó la ausencia de acuerdos y el Estado se convirtió en la encarnación de un poder despótico. La promoción de un nacionalismo estatal hegemónico chocó con el desarrollo de un nacionalismo periférico kurdo, que posicionó a Kirkuk como la pieza central de sus reivindicaciones. Los kurdos llevaron a la práctica su proyecto nacional tras la imposición de una zona de exclusión aérea en el norte de Iraq, en el contexto de la Guerra del Golfo Pérsico en 1991. Tras la retirada del ejército iraquí de las zonas kurdas, los kurdos se embarcaron en un proceso de construcción estatal *de facto* con el establecimiento del Gobierno Regional del Kurdistan (GRK) en 1992⁶. Kirkuk se convirtió en la principal fuente de confrontación entre los kurdos y el gobierno central a lo largo de la década de 1990 y en la era posterior a Saddam (Rafaat 2008: 252).

2 La batalla por Kirkuk en el contexto posterior a la invasión: narrativas polarizadoras en ausencia de un Estado deliberativo

La invasión estadounidense de Iraq en 2003 permitió consolidar el Estado de facto que los kurdos venían construyendo en las provincias de Erbil, Dohuk y Sulaimaniya desde 1991. La reestructuración del aparato estatal iraquí benefició al liderazgo partidista del PDK y a su rival la Unión Patriótica del Kurdistan (UPK); surgido de una escisión del PDK en 1975 y con un importante feudo en el sureste del Kurdistan iraquí. Las elites kurdas que participaron en la reconstrucción institucional de Iraq manifestaron su intención de incorporar Kirkuk bajo la jurisdicción del GRK. Determinar el futuro de las áreas en disputa del norte de Iraq fue la principal razón detrás del involucramiento de los kurdos en la reconstrucción del Estado iraquí y su principal justificación para permanecer dentro de Iraq (Rafaat 2008). La cuestión de Kirkuk reconfiguró la relación de los kurdos con las elites chii-

⁶En el contexto de la Guerra del Golfo Pérsico, Estados Unidos y Gran Bretaña implementaron un “refugio seguro” -*safe heaven* o zona de exclusión aérea- al norte del paralelo 36, el permitió a los kurdos establecer una región autónoma de facto tras la retirada de las fuerzas iraquíes y del aparato institucional del Baath en las áreas kurdas.

tas y sunnitas en el plano nacional y causó ansiedad entre los dirigentes de las comunidades turcomana, árabe, y asiria, quienes percibieron la postura kurda como parte de una política expansionista dirigida a kurdificar la región.

La ambición de los kurdos de incorporar Kirkuk al Kurdistán influyó en los asuntos de la política intra-kurda y en su relación con Bagdad. Kirkuk se convirtió en el principal asunto contencioso en Iraq, involucrando distintos niveles de conflicto que amenazaban la estabilidad del país. La nueva Constitución, ratificada mediante un referéndum popular en 2005, no contó con la participación de los sectores árabes sunnitas y reconoció la existencia formal de la Región del Kurdistán Iraquí (RKI). El nuevo arreglo político concedió a los kurdos un papel dominante en la nueva estructura de gobierno y confirió a Kirkuk el estatus de “territorio en disputa”. La dirigencia kurda puso en el centro de su agenda política la cuestión de Kirkuk y, tras la elección provincial de 2005, los kurdos tomaron el control de los órganos locales de gobierno⁷. Eso colocó a los kurdos en abierta confrontación con múltiples actores en el plano local, nacional e internacional, quienes veían como una amenaza la probable anexión kurda de Kirkuk.

Los liderazgos de las comunidades locales árabe, kurda y turcomana se enfrascaron en una guerra de narrativas para legitimar la adscripción de Kirkuk a una u otra etnicidad. Los líderes del GRK fincaron sus reclamos reivindicando el tamaño y peso histórico de la comunidad kurda en Kirkuk. La narrativa kurda insiste en que todos los documentos históricos otomanos, británicos e iraquíes prueban que Kirkuk siempre ha sido parte del Kurdistán (Talabani 2006). Las comunidades árabes y turcomanas acusaron a las autoridades kurdas de kurdificar la provincia y buscaron obstruir las pretensiones del GRK⁸. Para los kurdos, Kirkuk posee además una dimensión simbólica al ser un “símbolo de las políticas de limpieza étnica dirigidas en su contra” (Fayad 2006), y otra casi mítica que lo presenta como el “Jerusalén del Kurdistán” (Raphaeli 2005). Estos factores hicieron de Kirkuk un territorio irrenunciable para el liderazgo nacionalista kurdo, lo cual los llevó a adoptar posturas inamovibles frente al gobierno central. Al respecto,

⁷Las elecciones intermedias de 2005 dieron a los kurdos 26 de los 41 asientos del congreso local, permitiéndoles dominar la política local y ocupar las posiciones de gobernador, la presidencia del ayuntamiento y otros puestos clave de la ciudad (Katzmann 2006).

⁸En una entrevista a un líder de la comunidad árabe, éste declaró: “en el pasado la población de Kirkuk llegaba a 800,000. Ahora son 1, 600,000 personas. El incremento proviene solo de la nación kurda” (Van Wilgenburg 2011: 21). Un miembro del Parlamento iraquí, Omar Al-Jibouri acusó que 950,000 kurdos fueron traídos a Kirkuk sin bases legales (al Jazeera 2011).

el entonces presidente del GRK, Masud Barzani, declaró que “para algunos, Kirkuk es importante porque se asienta sobre un mar de petróleo. Para nosotros, Kirkuk es importante porque yace en un mar de nuestra sangre” (Al-Marashi 2005; Barzani 2006).

En el plano nacional, la lucha enfrascó al GRK y al gobierno central alrededor del tema de los territorios en disputa y la implementación del artículo 140 de la Constitución. Las áreas en disputa constituyen un arco territorial de 40 mil kilómetros cuadrados que abarca desde la frontera iraquí con Siria hasta la iraní e incluye partes de la provincia de Mosul (Sinjar, Tal Afar, Makhmour, Shexan), la provincia de Kirkuk, Tuz y partes de Diyala (Khanaquin y Mandali) y de Wasit (Baddra y Jassan) (O’Leary 2002). La importancia estratégica de Kirkuk subyace en sus enormes reservas de hidrocarburos de alrededor de 10 billones de barriles de petróleo, lo cual representa cerca del 10 % de la riqueza petrolera de Iraq (Rafaat 2008: 253).

A nivel internacional, Turquía señaló la integración de Kirkuk al GRK como una línea roja de su política de seguridad, amenazando con ocupar el territorio en defensa de las poblaciones turcomanas. Para los Estados ocupantes del Kurdistán, la integración de las áreas en disputa al GRK crearía un nuevo balance regional en favor de los kurdos, lo cual incrementaría los ánimos separatistas en el Kurdistán iraquí. El referéndum independentista kurdo de 2017 encendió esos temores y los condujo a actuar en conjunto para neutralizar al GRK. Los gobiernos de la región temen que una eventual independencia del Kurdistán iraquí tenga un efecto de contagio entre sus propias poblaciones kurdas. La combinación y traslape de estos factores hacían de Kirkuk un asunto delicado y objeto de una férrea disputa geopolítica que hacía difícil toda resolución del conflicto.

El origen del embrollo en Kirkuk fueron las controversias que surgieron alrededor de la facultad y competencias de las regiones en asuntos estratégicos para el gobierno federal. La Constitución incorporó artículos que dieron a las regiones amplias prerrogativas de autogobierno y desarrollo autónomo de sus sectores estratégicos. En el caso de los kurdos, el artículo 140 especificó la ruta a seguir para revertir la arabización de las regiones kurdas y resolver el asunto de la jurisdicción de las áreas reivindicadas por el nacionalismo kurdo. El artículo 140 delineó el mecanismo y la fórmula legal a seguir para definir el estatus de Kirkuk y de los demás territorios en disputa. De acuerdo con la Constitución, el proceso contemplaba tres fases secuenciales que debían cumplirse antes 2007: normalización, censo y referéndum (ver UNAMI 2005). La fase de normalización buscaba el retorno de las víctimas de las políticas de arabización, emprendidas entre julio de 1968 y abril de

2003, para después censar a la población. Los pobladores podrían elegir mediante un plebiscito su incorporación a la autoridad del GRK o del gobierno federal (cf. Anderson y Stanfield 2009: 189-203; Romano 2007: 274-7; Wolff: 1375-9; O'Driscoll 2018). Sin embargo, ninguno de estos plazos se cumplió en los tiempos establecidos, aumentando con ello las tensiones entre los kurdos y la autoridad central.

La estructura federal impulsada por Estados Unidos agudizó el faccionalismo y trasladó las pulsiones étnicas a la política nacional. Estados Unidos promovió un modelo de federalismo asimétrico y de democracia consociacional⁹, la cual privilegiaba el arreglo cupular por encima de acuerdos horizontales de gobierno. Los liderazgos kurdos del PDK y la UPK, junto con una coalición de partidos y agrupaciones pro chiitas fueron los más beneficiados del nuevo acuerdo político, mientras que los árabes sunnitas fueron relegados por sus vínculos con el partido Baath. La desbaathización forzada de los aparatos burocráticos y militares arrojó a miles de personas al desempleo y facilitó su reclutamiento por organizaciones radicales. La nueva estructura de gobierno negó atender los determinantes sociales del conflicto, asociados con asuntos estructurales de clase, privilegiando un proceso de acomodamiento de elites sobre una base de reparto del poder etnosectario. La falta de acuerdos entre los grupos políticos inhibió la interacción horizontal de las bases sociales y exacerbó los niveles de violencia.

Los efectos de la política nacional se reflejaron en Kirkuk a partir de la percepción que cada grupo político generó acerca de la implementación del artículo 140. El PDK y la UPK percibieron a las principales organizaciones políticas turcomanas, en específico al Frente Turcomano Iraquí (FTI), como simples extensiones de Ankara operando en Kirkuk. El FTI consideró que el liderazgo kurdo pretendía erradicar cualquier presencia significativa no-kurda en la región. Las comunidades árabes carecían de una visión política homogénea y estaban divididos entre los kirkukíes autóctonos u “originarios,” -que remontan su origen a tribus árabes antiguas establecidas en la

⁹Este esquema que intentó implantarse en Iraq enfatiza la importancia de que el poder sea compartido entre los diferentes segmentos de la sociedad a partir de la negociación entre elites. El modelo de democracia consociacional se caracteriza por cuatro tipos de instituciones políticas: una gran coalición de los líderes políticos de todos los sectores de la población, un veto mutuo, representación proporcional y autonomía segmentada (Lijphart 1980). Sin embargo, esta propuesta niega los determinantes sociales del conflicto y propone el acomodamiento y la negociación entre los poderosos como la causa de la estabilidad política y no como la consecuencia obvia de la misma. Su aplicación en Iraq ha sido una fórmula para el desastre al reforzar las fronteras entre los grupos y el faccionalismo en la política.

región- y los árabes migrados que fueron llevados a Kirkuk, ya sea desde 1929 o durante el proceso de arabización ocurrido entre 1980 y 2003. Otras organizaciones cristianas se dividieron entre sectores pros kurdos a favor de la implementación del artículo 140 y opositores agrupados alrededor del Movimiento Democrático Asirio (MDA), el cual generó una narrativa propia sobre Kirkuk que identifica la ciudad con Arrapha, antigua ciudad fundada por los asirios hace varios milenios (Anderson y Stanfield 2009: 340-370).

Los liderazgos de cada grupo social aprovecharon el contexto para movilizar a sus bases, exaltando la identidad étnica como instrumento para legitimar sus reclamos. La narrativa que cada comunidad proyectó sobre sí misma fue casi mítica e imposible de probar o refutar. El objetivo no era presentar hechos sino demonizar al oponente y, en función de ello, retratar a su comunidad como la dueña del territorio. Los escasos censos y proyecciones de tamaño poblacional fueron una poderosa herramienta al servicio de esos intereses. El número y cantidad que cada liderazgo político atribuye al tamaño, real o ficticio, de su comunidad estuvo presente en los debates sobre el estatus final de Kirkuk.

Comunidades	Censo de 1957	Porcentaje	Censo de 1977	Porcentaje	Censo de 1997	Porcentaje
Kurdos	187,593	48 %	184, 875	38 %	155,561	21 %
Árabes	109,620	28 %	218,755	45 %	544,596	72 %
Turcomanos	83,371	21 %	80,347	17 %	50,099	7 %
Total	388,829		483,977		752,745	

Cuadro 1: Fuente: Censos de 1957, 1977 y 1997. Citados en Stanfield y Anderson, 2009: 43)

Los líderes y partidos en Kirkuk tomaron posturas radicalmente diferentes sobre cómo administrar la provincia en el futuro inmediato. La toma de posiciones contradictorias entre los partidos es un rasgo común en sociedades profundamente divididas. En Kirkuk, y los otros territorios en disputa, las perspectivas locales sobre acuerdos de gobierno y distribución de los puestos administrativos se hacen a partir de cálculos etnosectarios (Sowell 2017). Cada bando busca maximizar su propio peso demográfico y evita convertirse en una minoría marginada del proceso de toma de decisiones (ICG 2018: 8). La maximización de ganancias se expresa, como vemos en el caso de Kirkuk, en una retórica militarista y mutuamente antagónica que opaca las actitudes más pragmáticas y menos radicalizadas de la sociedad.

La operatividad del nuevo Estado iraquí se mostró ineficiente para manejar la crisis y reducir el tono polarizador de las principales fuerzas políticas. A pesar de la importancia de Kirkuk para la estabilidad del país, ninguna de

las partes adoptó una postura de compromiso alrededor del conflicto. El gobierno federal trató la cuestión de los territorios en disputa como algo aislado del ámbito nacional, bloqueando cualquier debate sobre su resolución. Los líderes kurdos fueron reacios a modificar cualquier elemento constitucional que significara reducir el dominio que obtuvieron de facto en Kirkuk (Bartu 2010: 1134-5). El impasse político paralizó los esfuerzos de estabilización del país y contaminó la actividad legislativa, impidiendo al parlamento legislar temas cruciales como una ley de hidrocarburos federal¹⁰. Las firmas petroleras internacionales agudizaron el asunto al comenzar a operar en las zonas kurdas sin la aprobación del gobierno federal. Los líderes del GRK habían establecido acuerdos con Bagdad para operar de forma conjunta los campos petroleros de Kirkuk y la región autónoma, Sin embargo, el parlamento kurdo redactó en 2009 su propia ley de hidrocarburos regional, aprovechando el vacío legal en la Constitución que dejó abierto a la interpretación la potestad en materia de otorgamiento de contratos de extracción y explotación del petróleo¹¹. Bagdad señaló la ilegalidad de la presencia de las firmas internacionales, mientras que las autoridades kurdas invocaron a la soberanía en el manejo de sus recursos naturales.

La crisis en Kirkuk se fue deteriorando y para 2008 el estancamiento y la parálisis política caracterizaban las discusiones alrededor de los territorios en disputa. El gobierno iraquí instrumentalizó el tema de Kirkuk para justificar sus intentos de centralización del poder político y las crecientes tendencias autoritarias del gobierno central, encabezado por el primer ministro al Maliki (2006-2014). La disputa entre el GRK y el gobierno central se convirtió en un juego de suma cero, en el cual ninguna de las partes estuvo dispuesta a asumir compromisos políticos. Diversas fuerzas parlamentarias e influyentes figuras comenzaron a cuestionar de forma pública la validez del artículo

¹⁰Esta ley es crucial para definir la naturaleza de los contratos de extracción de petróleo en las provincias y corregir ciertas ambigüedades al respecto. El artículo 112 de la Constitución, por ejemplo, se presta a vagas interpretaciones sobre la propiedad y titularidad de reservas de crudo que aún no están enlistadas como poder exclusivo del gobierno federal, porque son campos prospectivos no explotados que reciben la etiqueta de “futuros campos”. Los kurdos y el gobierno central se han enfrascado en acaloradas discusiones sobre la administración de dichas reservas (ICG 2010: 35).

¹¹Respecto a la vaguedad de la Constitución en el tema de la explotación de hidrocarburos, el artículo 111 declara que “el petróleo y gas son propiedad del pueblo de Iraq en todas las regiones y gobernados”. El GRK señaló que esto significa que el petróleo y gas de la región del Kurdistán debe ser administrado por el gobierno autónomo regional y los recursos compartidos con el gobierno central. En contraste, Bagdad interpretó que el pueblo iraquí es el único propietario de todo el petróleo y gas del país y por lo tanto debe ser administrado por el gobierno central (ICG 2009: 16).

140, argumentando que garantizaba la consolidación de un proyecto cuasi estatal para los kurdos¹². Apareció en Iraq un sector político revisionista que demandó reescribir la Constitución para acotar las capacidades autónomas de los kurdos y desechar sus pretensiones sobre Kirkuk (Castillo 2019: 58). El gran ayatolá Ali Al-Sistani, el más influyente líder espiritual chiíta en Iraq, rechazó las reivindicaciones kurdas. Los reclamos kurdos sobre Kirkuk también fueron condenados por organizaciones poderosas del espectro político pro chiíta como el Consejo supremo de la Revolución Islámica en Iraq, influyentes políticos del gobernante Partido Dawa, Hezbollah Iraquí, el Partido al-Fadhila, así como prominentes figuras como Hussein al-Shahristani y Moqtada al Sadr con sus milicias al Mahdi, las cuales muchas veces marcharon en Kirkuk para intimidar a los kurdos. En este clima de creciente tensión etnosectaria, el federalismo también fue definido como una amenaza existencial para la integridad nacional (ver Rafaat 2018: 255-7). Los cuestionamientos al modelo federal, impuesto en buena medida por Washington, eran legítimos, pero carentes de sustancia porque provenían de las nuevas fuerzas dominantes del régimen, deseosas de recentralizar el poder político¹³. Kirkuk se convirtió de nueva cuenta en ese microcosmos condensador de las profundas contradicciones del Estado iraquí, resultado de la relación dialéctica entre el faccionalismo y la injerencia externa.

El discurso político terminó etnitizando las relaciones kurdo-árabes y exacerbando las percepciones de seguridad entre las autoridades kurdas y el gobierno central. Cada bando proyectó sus intereses en narrativas que llevaban a la confrontación. El gobierno encuadró la implementación del artículo 140 como una amenaza existencial contra la unidad de Iraq. El GRK vio el fracaso en su implementación como un peligro para su autonomía política y para la permanencia del esquema federal en Iraq. El gobierno iraquí asumió que resolver el problema mediante lo estipulado en la constitución (normalización y referéndum) llevaría a la pérdida de Kirkuk y pondría en riesgo la viabilidad económica del Estado iraquí. El traspaso de Kirkuk a la jurisdicción kurda fue equiparado por las elites iraquíes con la fragmentación del

¹²Al respecto, un líder del bloque político dominante (con una agenda pro chiíta) concluyó lo siguiente: "...el federalismo sobre una base sectaria desatará otros reclamos y...demandas de [autonomía] de otras minorías religiosas... para sus propios distritos federales. Todo esto servirá sólo para debilitar y dividir a Irak, y por eso lo rechazamos" (ICG 2009: 17).

¹³Al-Maliki puso de manifiesto esa postura antifederalista al señalar que, "la Constitución fue redactada de forma apresurada y en condiciones extraordinarias. [Ésta] limita los poderes del gobierno central y tememos que el federalismo perjudique al país" (KRG Cabinet 2008).

país. Los kurdos, en cambio, definieron Kirkuk como una parte histórica e indivisible de la nación kurda. El GRK demandó la estricta implementación de las disposiciones constitucionales, incluida una estructura política descentralizada para Iraq. Las autoridades kurdas nunca generaron un discurso separatista, pero vieron en la continuidad del federalismo la garantía para preservar la autonomía política, económica y cultural del Kurdistán¹⁴.

La confrontación discursiva entre Erbil y Bagdad derivó en la militarización de los territorios en disputa y alcanzó su punto de quiebre en el verano de 2014. Tras el avance de ISIS, o *Daesh*, sobre Iraq, el GRK ocupó Kirkuk, luego de la toma de Mosul, para evitar su caída en manos de las milicias takfistas. La cuestión de Kirkuk pareció zanjada de golpe, con el despliegue de las fuerzas kurdas *peshmerga* a lo largo de los territorios en disputa. Algunas fuentes dieron cuenta de un proceso de kurdificación de las zonas bajo control kurdo mediante la expulsión de los residentes árabes sunnitas, o impidiendo su regreso a distritos y villas cercanas a Mosul¹⁵. Con Kirkuk bajo control de las milicias kurdas, el entonces primer ministro iraquí, al Maliki, encuadró dicha acción bajo la narrativa de una declaración de guerra, acusando al GRK de formar parte de una conspiración externa para permitir a *Daesh* avanzar sobre Bagdad (MEMO 2014).

La disputa por Kirkuk derivó en una crisis internacional en septiembre de 2017, en el contexto del referéndum independentista organizado por el PDK. La crisis política y económica que asoló a la región kurda desde 2014 llevó al entonces presidente del GRK, Masud Barzani, a utilizar el tema del referendo para generar consensos alrededor de su debilitado gobierno (Castillo 2017). La crisis política en el Kurdistán dividió al liderazgo kurdo y la UPK no avaló la celebración del referéndum. La acción kurda constituyó una línea roja no sólo para Iraq, sino para Turquía e Irán. En una acción concertada con Ankara, Teherán y con el aval de la UPK, el gobierno iraquí desplegó diversas milicias y fuerzas pro iraníes para expulsar a los kurdos de Kirkuk y de la mayoría de los territorios en disputa (Kamaran, 2019)¹⁶. Este

¹⁴Al respecto, las autoridades del GRK declararon en su momento: “la Constitución especifica la distribución de poderes (regionales y federales). La región del Kurdistán no busca más poder del que le otorga la Constitución. Solo se busca que la Constitución se aplique” (KRG Cabinet 2017).

¹⁵Un indicativo de esta política fue el caso de la localidad Hamdaniya (ver HRW 2019).

¹⁶Al respecto, el entonces primer ministro iraquí Haider al Abadi describió la operación como “...una operación iraquí dirigida a restaurar la autoridad federal en áreas que estaban fuera del control gubernamental desde 2014” (al-Abadi 2017). Declaraciones de este tipo pusieron el acento en el uso de la fuerza por parte del Estado, pero sin intentar generar canales de dialogo con los kurdos.

último episodio de crisis evidenció la urgencia de recomponer las relaciones entre el GRK y el gobierno central sobre la base de acuerdos que superen el faccionalismo. Kirkuk transformó las relaciones kurdo-árabes en un nuevo dilema de seguridad. La miopía del gobierno alrededor de ese tema le impidió distinguir entre los intereses de las élites kurdas y las aspiraciones colectivas y legítimas de generaciones de kurdos que históricamente se sintieron excluidos y agraviados por el Estado iraquí. La resolución en el futuro de la cuestión de los territorios en disputa por la vía política quizá sea el punto de quiebre que permita a las elites iraquíes corregir los fallos estructurales del Estado.

Conclusión

La evidencia histórica vertida en este trabajo demuestra la influencia de los factores exógenos como eje explicativo de las profundas contradicciones del Estado iraquí y su traslape a la política interna. Desde la fundación del reino de Iraq aparecieron movilizaciones sociales de rechazo al surgimiento de una estructura de poder centralizada. La falta de representación política de los diversos segmentos sociales, así como la captura de los aparatos del Estado por una pequeña oligarquía, ligada a los intereses británicos, fueron elementos centrales de desestabilización. El resultado fue que la oficialidad británica en Bagdad nunca tuvo los recursos, ni las intenciones, para transformar el poder despótico que desplegaba el Estado en capacidades institucionales sostenibles. Las instituciones iraquíes nacieron endebles, carentes de interacción con su población y condujeron al fracaso del proyecto de construcción institucional británico en Iraq en la primera mitad del siglo XX.

El continuo uso de la represión para neutralizar el disenso convirtió al Estado en una entidad carente de legitimidad en la segunda mitad del siglo XX. Tras la caída de la monarquía en 1958, la deriva autoritaria y cuasi-totalitaria del gobierno, acompañada de la articulación de un discurso nacionalista homogeneizador, exacerbó las tensiones étnicas y fomentó el brote de movimientos de resistencia en las zonas periféricas del Estado, articulados alrededor de un nacionalismo anti-estatista. Regiones como el Kurdistán iraquí padecían condiciones socioeconómicas de profunda marginación y fueron un caldo de cultivo para la insurrección generalizada. El tratamiento del régimen a la cuestión de las minorías étnicas acabó nutriendo la articulación de un nacionalismo estatal excluyente que, lejos de buscar el consenso, no dudó en aplastar cualquier manifestación en su contra.

El Estado iraquí reprimió a sus minorías étnicas y definió sus manifesta-

ciones culturales particulares como un peligro para la identidad nacional. La definición colectiva de los kurdos como una amenaza se construyó a partir de discursos y prácticas de seguridad que equipararon el reconocimiento de la diferencia étnica con la desintegración del Estado. Las políticas de arabización de las regiones kurdas durante todo el siglo XX contribuyeron a alienar a los kurdos del Estado y a reforzar sus lazos de solidaridad grupal como medida de supervivencia comunitaria. Las regiones kurdas se convirtieron en un espacio de intenso activismo que derivó en la formación de un nacionalismo de base étnica que capitalizó el descontento entre los sectores más empobrecidos del Kurdistán. El movimiento kurdo en Iraq entró en una fase de institucionalización en 1991 que colocó a Kirkuk en el centro de las disputas entre las autoridades kurdas y el gobierno central.

El estatus de Kirkuk está ligado al futuro político de Iraq en la medida que la disputa sobre el territorio polariza a la clase política. El tema de Kirkuk ha exacerbado a niveles riesgosos el papel que la etnicidad tiene en la política iraquí y esto se refleja en el discurso que elaboran las elites. Esta mezcla explosiva tiene el potencial de degenerar en escenarios de violencia como demostraron los hechos en Kirkuk tras la celebración del referéndum kurdo en 2017. Cualquier resolución que se adopte con respecto a Kirkuk tendrá repercusiones dentro y fuera de Iraq. Para el liderazgo kurdo es un asunto irrenunciable porque está ligado a un discurso que sitúa a Kirkuk en el centro de la lucha nacionalista kurda. Para la región del Medio Oriente, el futuro de la provincia es crucial para la estabilidad de la región debido a su dimensión geopolítica. Pese a que el gobierno central retomó el control militar de los territorios en disputa, mientras que ningún acuerdo entre las partes sea alcanzado el proceso político permanece en un estado de confusión y desorden. Frente a la evidencia histórica de la que disponemos, la estabilidad y la viabilidad del modelo federal en Iraq parecen depender de la adopción de una resolución sobre Kirkuk que no contribuya a polarizar más el ámbito local y nacional.

No fue el objetivo de este artículo ofrecer al lector directrices sobre cómo establecer políticas deliberativas en Iraq, ni aleccionar sobre el tipo de instituciones necesarias para ello. Las diferentes sociedades deben dotarse de sus propios mecanismos de gobierno y, al respecto, recientes estudios sugieren que los estudiantes universitarios de Kirkuk desean extirpar de la política interna la lucha por el control de la provincia entre el GRK y el gobierno federal iraquí (véase O'Flynn et al 2019). Una creciente tendencia comienza a cobrar fuerza entre la población más joven que reclama el fin de la retórica divisiva de los líderes locales y que busca convertir a la provincia en un

espacio de genuino consenso. En este tipo de experiencias y prácticas puede estar la clave para superar el faccionalismo histórico que ha distinguido a la política iraquí.

Bibliografía

AREND, Lijphart (1980) *Democracy in Plural Societies. A comparative exploration*. New Heaven: Yale University Press.

ANDERSON, Liam y Gareth STANSFIELD (2009) *Crisis in Kirkuk: The Ethnopolitics of Conflict and Compromise*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.

AL JAZEERA (19 de marzo de 2011) “Iraqi Turkoman, Arab MPs warn of ‘civil war’ in Kirkuk”, disponible en: <https://studies.aljazeera.net/en/reports/2016/02/201627855330580.html> [consulta: 20 de marzo de 2018].

AL-MARASHI, Ibrahim (2005) “Iraq’s Constitutional Debate”, *Middle East Review of International Affairs*, 9(3): 139–175.

BATATU, Hanna (1978) *The old Social Classes and the Revolutionary Movements of Iraq*. Princeton: Princeton University Press.

BARZANI, Masud (12 de diciembre de 2005) “In 1974 We Lost because of Kirkuk and We are Ready Again to Lose for Kirkuk”, *Xebat Kirkuk*: (Kurdish), (2001).

BARTU, Peter (2010) “Wrestling the integrity of a nation: the disputed internal boundaries in Iraq”, *International Affairs* 86(6):1100-1135.

CASTILLO QUIÑONES, Juan Carlos (2019) “La (de)seguritización del Gobierno Regional del Kurdistán. El movimiento kurdo en Iraq desde 1991”, *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos* 27: 46-63.

CASTILLO QUIÑONES, Juan Carlos (6 de diciembre de 2017) “¿Kur-dexit o crisis de legitimidad? El referéndum visto desde los intereses de las elites kurdas”, *Foreign Affairs Latinoamerica*, disponible en: <http://revistafal.com/kurdexit-o-crisis-de-legitimidad/> [consulta: 10 de

marzo de 2020].

DEMIRELLI, Fatma (2012) “Top Iraqi Shiite Leader in Ankara for Talks”, *Turkish Daily News*, disponible en: <http://www.turkishdailynews.com.tr/article.php?enewsid1457> [consulta: 18 de diciembre de 2019].

DODGE, Toby (2006) “Iraq: The contradictions of exogenous state-building in historical perspective”, *Third World Quarterly*, 27(1): 187-200. DOI: 10.1080/01436590500370061

FUCCARO , Nelida y SLUGLETT, Peter (eds.) (2004) “Minorities and Ethnic Mobilisation: the Kurds in Northern Iraq and Syria”, *The British and French Mandates in Comparative Perspectives*. Leiden: Brill Academic Publishers, pp. 579-597.

GUNEZ, Cengiz (2019) “Approaches to Kurdish Autonomy in the Middle East”, *Nationalities Papers*, Special Issue Article: 1-16.

HUMAN RIGHTS WATCH (1995) *Iraq’s Crime of genocide: The Anfal campaign against the Kurds*. New Haven y Londres: Yale University Press.

JACOBY, Tim y Nassima NEGGAZ (2018) “Sectarianism in Iraq: the role of the coalition provisional authority”, *Critical Studies on Terrorism* 11(3): 478-500.

INTERNATIONAL CRISIS GROUP (2010) “Iraq’s uncertain future: elections and beyond”, *Middle East Report* 94.

INTERNATIONAL CRISIS GROUP (2009) “Iraq and the Kurds: Trouble along the Trigger Line”, *Middle East Report* (88).

INTERNATIONAL CRISIS GROUP (2018) “Reviving UN Mediation on Iraq’s Disputed Internal Boundaries”, *Middle East Report* 78.

KATZMAN, Kenneth (2006) “Iraq: Elections, Government, and Constitution” en *Congressional Research Service Report for Congress*, disponible en <http://www.fas.org/sgp/crs/mideast/RS21968.pdf> [consulta: 3 de marzo de 2020].

LEEZENBERG, Michel (2006) *The Kurds: Nationalism and Politics*. Londres: Amsterdam School for Cultural Analysis.

MA’AD, Fayad (13 de junio de 2006) “Kurdish PM Nechirvan Barzani

Discusses Security, Economic Issues”, Asharq Alawsat, disponible en: <http://www.asharqalawsat.com/english/news.asp?section13&id15291> [consulta: 6 de noviembre de 2019].

MCGARRY, John y O’LEARY, Brendan (2007) “Iraq’s constitution of 2005: liberal association as political prescription”, *International Journal of Constitution Law* 5(4): 670-98.

NIMROD, Raphaeli (2005) “Kirkuk: Between Kurdish Separatism and Iraqi Federalism”, The Middle East Media Research Institute 215, disponible en shorturl.at/ajpX4 [consulta: 6 de octubre de 2019].

O’DRISCOLL, Dylan (2018) “Conflict in Kirkuk: A Comparative Perspective of Cross-Regional Self-Determination Disputes”, *Ethnopolitics* 1(17): 37-54.

O’FLYNN, Ian; GAURAV, Sood; MISTAFFA, Jalal y Nawhi SAEED (2019) “What future for Kirkuk? Evidence from a deliberative intervention”, *Democratization* 7(26): 1299-1317.

O’LEARY, Brendan (2005) “Power sharing, pluralist and federacy” en O’Leary, B. (eds.), *The future of Kurdistan in Iraq*, Pennsylvania: University of Pennsylvania Press, pp. 47-91.

O’LEARY, Brendan (2002) “The Kurds of Iraq: Recent History, Future Prospects”, *Middle East Review of International Affairs Journal* 6(4), disponible en: <http://meria.idc.ac.il/journal/2002/issue4/jv6n4a5.html> [consulta: 6 de enero de 2020].

OMISSI, David (1990) *Air Power and Colonial Control: The Royal Air Force 1919 – 1939*. Manchester: Manchester University Press.

RAFAAT, Aram (2008) “Kirkuk: The Central Issue of Kurdish Politics and Iraq’s Knotty Problem”, *Journal of Muslim Minority Affairs* 28(2): 251-266.

Reuters (enero 2018) “Iraq, BP to Sign Deal to Boost Kirkuk Oil Production Capacity”, disponible en shorturl.at/uHJS4 [consulta: 3 de febrero de 2020].

ROMANO, David (2006) *The Kurdish Nationalist Movement. Opportu-*

nity, *Mobilization and Identity*. Cambridge: Cambridge University Press.

ROMANO, David (2007) “The Future of Kirkuk”, *Ethnopolitics* 6(2): 265–283.

STANFIELD, Gareth (2003) *Iraqi Kurdistan: Political Development and Emergent Democracy*. Londres: Routledge Curzon.

SOWELL, Kirk (2 de septiembre de 2017) “Ethnic Dimensions of the Kurdistan Referendum”, *Carnegie Middle East Center*, disponible en: <https://carnegieendowment.org/sada/73187> [consulta 5 de marzo de 2020].

SUNCA, Yasin (2020) “The bifurcated trajectory of nation formation in Kurdistan: Democratic confederalism, nationalism, and the crisis of capitalist modernity”, *Nations and Nationalism* 1–15.

TALABANY, Jalal (25 de Agosto 2006) “All the Ottoman, Iraqi, and British Documents Indicate that Kirkuk is Part of Kurdistan”, *Kurdistani Nwe* 40656) (en kurdo).

TALABANY, Noury (2001) *Arabization of the Kirkuk Region*, Upsala: Kurdistan Studies Press.

UNAMI (2005) Constitution of Iraq (Unofficial), English Translation, UN High Commissioner for Refugees, disponible en: shorturl.at/eyDY4 [onsulta: 4 de marzo de 2020].

WILGENBURG, Van (2011) *Failed (or Aborted) Arab Spring in Iraq: A Study of the Political Mobilization of Sunni Arabs in Kirkuk*. Utrecht: Utrecht University Press.

WOLFF, Stefan (2010) “Governing (in) Kirkuk: Resolving the Status of a Disputed Territory in Post-American Iraq”, *International Affairs* 86(6): 1361–1379.

YOUSIF, Hanna Freij, “Tribal identity and Alliance behaviour among factions of the Kurdish nationalist movement in Iraq”, *Nationalism and Ethnic Politics* 3(3):90.